

“ por el último : todo el trato de su persona y de  
 “ su vida decia esto ; solo él no lo decia. Guar-  
 “ daba tan en su punto el arancel de Christo,  
 “ que quien le viera hacer el oficio de prior,  
 “ leyera en él lo mismo que en el evangelio :  
 “ servir á todos sin dexarse servir de ninguno.  
 “ Lo que podía hacer por sí, jamas lo encomen-  
 “ daba á otro ; y de tal manera lo mandaba, que  
 “ mas parecia ruego que precepto. El primero  
 “ en todos los trabaxos, en las asperezas, en las  
 “ observancias, en la vigilia, en la oracion, re-  
 “ cogimiento, y pobreza : asi sustentaba el oficio  
 “ muy á su costa, y con gran alivio de sus súb-  
 “ ditos, sin tener punto, ni resabio de fariseo.  
 “ Dióle Dios con estas entrañas piadosas una  
 “ natural prudencia con que se templaba á sus  
 “ tiempos la severidad con la clemencia. Pero  
 “ nunca en él la facilidad y llaneza disminuyó  
 “ la autoridad, ni la severidad el amor. En  
 “ habiendo cumplido con esta parte de su oficio,  
 “ tornábase á su centro, y á exercitar los minis-  
 “ terios humildes ; sin el sobrecejo ó gravedad  
 “ de que suelen andar vestidos los que no saben  
 “ bien las leyes de estos oficios. Tenia este  
 “ siervo de Dios mucha fuerza en el decir : sa-  
 “ lian las palabras ardiendo como de una caridad  
 “ encendida : las razones breves y preñadas,  
 “ como quien sabía que los preceptos han de ser  
 “ breves. No seria cosa de mucha loa decir que  
 “ fué muy abstigente : comía lo que decía bas-

“ taba á su sustento, y debia bastar, porque él  
 “ lo decia.”

PINTURAS IDEALES DE PERSONAGES FINGI-  
 DOS, ASI EN LAS PARTES FISICAS,  
 COMO EN LAS MORALES.

*Retrato de un Hipocrita.*

*Por Lorenzo Gracian.*

“ Era un hombre venerable por su aspecto,  
 “ muy autorizado de barba, el rostro ya pasado,  
 “ y todas sus facciones desterradas, hundidos  
 “ los ojos, la color robada, chupadas las narices,  
 “ la alegría entredicha, el cuello de lánguida  
 “ azuzena ; la frente encapotada, el vestido por  
 “ lo pio remendado, colgadas de la cinta unas  
 “ disciplinas, que lastiman mas los ojos de quien  
 “ las mira que las espaldas del que las afecta :  
 “ zapatos doblados á remiendos, de mayor como-  
 “ didad que gala.”



*Retrato de Amadis de Gaula.**Por Miguel de Cervantes.*

“ Era Amadis de Gaula un hombre alto de  
 “ cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba,  
 “ aunque negra, de vista entre blanda y rigo-  
 “ rosa, corto de razones, tardo en airarse, y  
 “ presto en deponer la ira.”

*Retrato de un Petimetre Afemi-  
nado.**Por el mismo autor.*

“ Era un mancebo galan, atildado, de blandas  
 “ manos, y rizos cabellos, de voz melíflua y de  
 “ amorosas palabras, y finalmente todo hecho  
 “ de alfeñique, guarnecido de telas, y adornado  
 “ de brocados.”

*Retrato Moral de un Pretendiente  
Servil.**Por Gomez Arias.*

“ Un linage hay de pretendientes que echan  
 “ por el camino del desprecio politico, y se lle-  
 “ van los mayores puestos. Desaparecense en  
 “ la humildad de sus reverencias, pronuncian  
 “ mas cuitas que razones, agonizan lo que ha-  
 “ blan, estudian semblantes pordioseros, y cor-  
 “ tejan los criados de los poderosos, que esto es  
 “ deshacerse para que los hagan. Suelen hacer  
 “ preciosa la vileza hartando con ella al desvane-  
 “ cido el hambre de sus miserias, cuya soberbia  
 “ juzga suficiente al que con menosprecio de sí  
 “ mismo le adora. Estos son muy malos nego-  
 “ ciantes ; y no sabré distinguir qual sea mas vil,  
 “ si el que con maña se desprecia para despre-  
 “ ciar á otros, ó el que se vende á tan vil precio,  
 “ defraudando el premio al mérito y á la ente-  
 “ reza.”

No solo de sugetos particulares saca la elo-  
 quencia retratos, ya personales, ya morales ;  
 mas tambien de pueblos y naciones, describiendo  
 los gestos, trages, habitos, y costumbres, de  
 que nos ha dexado un hermoso y elegante exem-



plo Argensola, quando hace de ciertos naturales de las Molucas la siguiente pintura: “ Usan los  
 “ Papúas del cabello revuelto en crespas greñas.  
 “ Son de gestos magros y feos, hombres rígidos  
 “ y sufridores del trabaxo, hábiles para qualquiera traicion ; y hombres y mugeres muestran  
 “ en el traje la natural arrogancia de su condicion. Su guerra consiste en celadas y estratagemas, donde la astucia suple por la fuerza,  
 “ y no estiman por acto ignominioso la huida, porque es opinion inculta la que en aquellos  
 “ payses da leyes al honor.”

El mismo autor con igual colorido y franqueza de pincel dibuxa en breves rasgos el caracter, costumbres, y leyes de los Molúcas: “ Son de  
 “ cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y para qualquier otro exercicio perezosos.  
 “ Viven mucho tiempo, encanecen temprano, y siempre ligeros por la mar, no menos que en  
 “ la tierra : officiosos y benignos con los huéspedes ; y entrando en familiaridad, importunos  
 “ y pesados en sus ruegos. Su trato interesal, y hierben en recelos, fraudes, y mentiras. Son  
 “ pobres, y por esto soberbios ; y por juntar muchos vicios en uno, ingratos. El hurto no  
 “ por mínimo se perdona, el adulterio, facilmente.”

## §. III.

## DE LAS FIGURAS MIXTAS.

Al principio de esta tercera parte, tratando de la exórnacion oratoria, hemos hablado ya del esplendor que dan á la elocucion los tropos y las figuras que llaman de palabra, y la fuerza y espiritu que le comunican las llamadas de pensamiento, que son las que intrinsecamente componen la eloquencia. De todas se han puesto exemplos para manifestar la extructura de cada una, y los modos varios de formarlas separadamente.

Pero generalmente en la textura de la sentencia van entretexidas dos, tres, ó mas figuras de distintos géneros que, como hermanadas y compañeras, ayudan al movimiento de la principal, ó á su ornato ; y otras veces se confunden todas ellas de tal suerte en el cuerpo de la oracion, que solamente, conocida la intencion del orador por el obgeto, lugar, y circunstancias de la sentencia, se puedé calificar, entre todas, qual de ellas es el alma de la composicion.

No basta saber el nombre, la definicion, el género, y la formacion de esta, ú la otra figura ; ni basta tampoco saberla hacer por pura



imitacion mecánica, si se ignora el arte de colocarlas en la composicion, enlazandolas de modo que formen un cuerpo entero que reciba movimiento, vida, y hermosura de la harmonia y concierto de estas partes. En el artificio de un reloj no merece el nombre de autor el oficial que trabaxa cada pieza separada, aunque conozca su uso; sino el artista que despues las coloca, concierta, y arma para formar con la trabazon y correspondencia de todas la máquina acabada. Este es el orador, y el otro es el mancebo retórico: porque, como en la composicion eloquente trabaxan á un mismo tiempo la imaginacion y la pasion, aquella inventa, y esta dicta lo que se ha de decir; y acumulandose los afectos y las circunstancias para mover, persuadir, ó deleytar, la oracion se aviva, se eleva, se enriquece con las figuras que ministra el lugar, la ocasion, y el grado de sentir del que habla á los otros.

La facilidad con que se enlazan, y no se embarazan, figuras diferentes, y la harmonia que guardan dentro del círculo de una composicion; prueban más y más la especie de necesidad que tienen las unas de las otras para hacer el efecto que se propone el orador ó escritor verdaderamente eloquente: ¿Qué seria, pues, el apostrofe sin la exclamacion? y la prosopopeya sin una y otra? ¿Qué seria la sermocinacion sin el contraste, ni el incremento sin la gradacion, ni la interrogacion sin la repeticion, ni la reticencia

sin el énfasis? De esta feliz union sale la fuerza de la oracion eloquente.

Exemplos tenemos de todo en los que se han trasladado mas arriba para cada una de las figuras en todos sus géneros y especies, donde apenas se pasa de una cláusula á otra, ó de un periodo á otro, sin que se asome la flor ó la luz de alguna de ellas. Para hacer mas evidente la verdad de esta observacion, pondrémos aqui algunas muestras por manera de ensayo y exámen.

Pinta el galano y casi siempre afectado Conde de Cervellon en el retrato político del Rey D. Alfonso VIII. el trágico suceso de la muerte de Raquel su concubina; quando se vió acometida en su propia cámara del palacio por los conjurados armados, que rompieron las puertas de ella, y dice asi: *El alboroto avisó á Raquel de su riesgo, quando luego vió entrar armada una multitud impetuosa, embarazadas con los puñales las mismas manos que antes la rogaban con memoriales. Raquel que miró en la ira de los rostros el de sus tormentos, quedó turbada, quedó airada y llorosa; y fué la primera vez que no persuadieron sus lagrimas. Y viendo ya que su ruego pasaba á ser desayre, compuso el trage, serenó el semblante, y descansó el aliento; y fiando su seguridad en su razon, pudo solo decirles brevemente: Vosotros ¿me quereis matar porque amo á Alfonso, ó porque él me ama? Si porque le amo, no es delito; si porque me ama, no es delito mio. Direis que á*



esto os obliga el amor de vasallos : y siendo en vosotros razon que el amor os disculpe ¿ la podrá haber para que á mi me mate ? Si correspondo á sus cariños ¿ no los debo obedecer como preceptos ? y si no los correspondo ¿ es justo achacarme una ceguedad que él se labró sin mi permiso ? Pero ¿ para que me valgo de la duda ? Yo le quiero, yo le amo, yo soy la mitad de su vida ; matadme, pues, matadme, y matareis á entrambos : que este lazo que á mi me ilustra, mas fácil es romperle que desatarle. Mas, ay ! que si me matais para que Alfonso me olvide, no es buen medio que me vea morir de enamorada....En fin, murió Raquel, muerte provechosa al pueblo, y culpable á los executores, que evitaron un delito con otro delito : abominable especie de remedio es deber la salud á la enfermedad. Vuelve Alfonso á palacio : O ! infelice joven ! pregunta por Raquel ; nadie responde : búscala despavorido, y encuéntrala difunta. No conoce su desgracia en su palidez, que es tambien el color de los amantes ; no la conoce tampoco en verla desmayada, porque un pesar es sobrado cuchillo en la fragilidad de una belleza ; conoce, sí, que estaba sin aliento en que le recibia sin agrado : hállala desgredado el cabello, sirviendo mas para lazo que para adorno, retirados los ojos, aun mas de la crueldad que de la pena ; y el corazon abierto, no tanto por la herida, como por quererse explicar. Aquí es preciso correr la cortina al suceso, porque

seria falta de respeto permitir á la consideracion comun un rey aflixido y lastimado.

En esta narracion hay accion trágica, hay rasgos patéticos, hay situaciones admirablemente contrastadas, hay expresiones delicadas y muy sentidas, y concluye con una noble y oportuna reticencia enfática, cubriendo con el velo del silencio las demostraciones de amor, dolor, y desesperacion del amante sobre el cuerpo de su difunta amada : delicado recato y respeto, debido á la magestad. En este trozo de composicion entran colocadas en sus propios lugares, ya el antítesis de diccion y de sentencia, y la repeticion en todos sus géneros, la metáfora en todos sus grados, ya la sermocinacion, la sujeccion, el dialogo, la conduplicacion, el epifonema, la exclamacion, la hipotiposis, el hipérbole, y en una palabra, una multitud de frases tan finas y bellas que no tienen nombre propio, y que se les puede perdonar lo conceptuoso por la dignidad del sujeto, y lo lastimoso de la pasion.

Ponderando Fr. Luis de Granada la humildad y abatimiento en que, por amor de los hombres, un Dios de tan gran magestad quiso morir en una cruz como un malhechor ; empieza con un apóstrofe, sigue con una prosopopeya, continua con una interrogacion, se explaya con una exclamacion, y concluye con un contraste magnifico y patético, de esta manera : Vosotros, angeles bienaventurados, que tan bien conoceis la alteza de este



Señor; qué sentisteis, quando allí le visteis? Como atónita queda la naturaleza, suspensas están las criaturas espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad. ¿ Quien no se ahoga en este piélago de tanta piedad? quien no cubre aquí sus ojos, como Helías, quando ve pasar á Dios, no con pasos de magestad, sino de humildad; no transtornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar las piedras de compasion? Pues ¿ quien no cerrará aquí los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor, y ame quanto pudiere sin tasa y sin medida?

Reprehende Fr. Luis de Leon la ceguedad de los judios que creían que la fuerza del Brazo de Dios, cuyo nombre dan á Christo, Isaías, y David, seria materialmente militar, guerrera, y sangrienta para darles victorias acá en la tierra; y empieza su discurso por una exclamacion, sigue con una alegoria, cerrandola con una brevedad, y la metonimia del cuchillo y la sangre; continúa con un contraste, y cierrala con una aglomeracion ligada con una conjuncion; y concluye con una expolicion sostenida de una conduplicacion muy natural, y admirablemente de un contraste de sentencia de muy subido estilo. De esta manera comienza: *¡ Ceguedad lastimera! creer que los encarecimientos y amores de Dios con su*

pueblo habian de parar en armas y banderas, en castillos cercados, y muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre, en el asalto, y cautiverio de inocentes! Vosotros esperabais ser señores de otros; y Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Los hechos hazañosos de un cordero, tan manso y humilde como pinta Isaías, no son hechos de esta guerra que vemos, donde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y el furor menean las manos. Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió. El oficio de Christo y su valentía era dar buena nueva á los mansos, y no asalto á los muros; á curar los de corazon quebrantado, no á pasar por los filos de su espada á las gentes; á predicar á los cautivos perdon, á predicar, no á guerrear, no á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia; á publicar el año en que se aplaca el señor, y el dia en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de ceniza, y uncion de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza de espíritu.

Trata el mismo autor del nombre *El amado*, que tiene Christo en las sagradas letras; y despues de decir lo que por su amor han dicho sus enamorados, encarece las obras á que este amor les ha obligado en la ley de gracia. Declara



con tanta fuerza y viveza este pensamiento, que es el ultimo grado de la eloquencia haber reunido en tan reducida composicion tantas figuras como lineas; y tan bien colocadas, que bien se conoce que la pasion, y no la retórica del autor, las iba llamando en su ocasion. Viene la exclamacion la primera; sigue un contraste sostenido de una repeticion; y remata con una gradacion acelerada por la aglomeracion, y precipitada por la dissolution. Y dice asi: *O! grandeza de amor! Por tí, Señor, las tiernas doncellas abrazaron la muerte. Por tí la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcissimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á tí, ó dulcissimo Bien! se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne.*

Queriendo Antonio Perez desahogar su corazon contra las trazas y condiciones de la envidia y de los envidiosos de la estimacion pública que se habia grangeado de las gentes en el curso de sus infortunios; empieza con una sentencia, la amplifica con un simil, que se convierte en alegoría sostenida de una repeticion, vestida de una distribucion de atributos, y queda concluido todo el pensamiento con una aglomeracion y brevedad, que le dan un feliz remate: *He averiguado (dice) que no acomete sino á lo que es de algun valor y mérito el gusano de la envidia, que no es otra cosa que gusano; gusano en el roer á sordas;*

*gusano en no acometer sino á lo mejor; gusano en la baxeza. En el mismo fruto bueno, en la misma madre, se cria; en la virtud, en el valor de cada uno; en él nace, con él crece, con él muere.*

Bastan, y aun sobran, estos pocos exemplos de figuras mixtas; no solo para demostrar como estan texidas tan estrechamente que apenas se aperciben á la simple lectura, pues su buena consonancia no dexa distinguir las voces de cada una, ocupada la mente y el ánimo con la fuerza y cópia de la eloquencia, cuyos elementos no se para á exâminar, sino á sentir sus efectos. Ciertamente, sin el ornato y compartimiento de estas figuras, no habria, ni espíritu, ni esplendor, ni cópia en los discursos propuestos. Dispuestos segun la llaneza y desnudéz del lenguaje comun, sé hallaria la verdad y su sencillez, aquella que alcanza la razon sola; pero el que no persuada, y mueva los afectos ¿se podrá llamar eloquente? Ya hemos visto como por medio del juego de las figuras solamente se alcanzan estos dos fines. La naturaleza sola podia inspirar estos movimientos á sus autores como á todo hombre que siente; pero el grado, el modo, el término de expresarlos y comunicarlos á los demas, siempre será fruto del arte, del estudio, de la educacion, y de un largo exercicio. Y es tanta despues la facilidad en la composicion,



que bien se puede asegurar que ninguno de ellos, no solo no preparó, pero ni conoció las figuras que cometía, hasta despues de haberlas visto formadas en el papel, ó lanzadas de sus labios al auditorio.

## APENDICE I.

### DE ALGUNOS LUGARES ORATORIOS

#### PROPIOS DE LA ELOCUCION.

Aunque los retóricos han colocado la *definicion*, la *semejanza*, y la *comparacion*, en la clase de los lugares oratorios, con respecto á la invencion ; si las consideramos como ornato y hermosura de la composicion, pertenecen á la elocucion por necesidad. El escolástico, el teólogo, el filósofo define, asemeja, compara; mas solo el orador lo hace con esplendor, dignidad, y magnificencia.

#### *Definiciones.*

La definicion oratoria no es una desnuda y didáctica declaracion de la propiedad, género, y